

SOBRE EL TENSO DIÁLOGO ENTRE UNIVERSIDAD Y PERIODISMO

Pedro Lipcovich

Resumen

La incorporación del periodismo a la enseñanza universitaria tiene consecuencias institucionales cuyo examen merece ser profundizado. Este trabajo considera que la universidad puede propiciar una crítica epistemológica que concierna a la noción misma de noticia –eje de la práctica y la teoría del periodismo–, permitiendo así discernir el límite y aun el punto de inconsistencia de este ejercicio profesional. El trabajo sostiene también que, en el ámbito académico, la inserción del periodismo contribuye a prevenir la instauración de discursos cerrados a la multivocidad de lo real.

Palabras clave: institución; noticia; periodismo; universidad.

ABOUT THE TENSE DIALOGUE BETWEEN UNIVERSITY AND JOURNALISM

Abstract

The inclusion of journalism as a course in university education has had institutional consequences that need to be analysed in depth. This essay maintains that universities can foster an epistemological criticism of the concept of ‘news’ –the fundamental basis of journalism in both its theory and practice– thus allowing us to distinguish its limits and even the inconsistency of its corresponding professional execution. Furthermore, the introduction of this profession in academic teaching has helped forestall the establishment of discourses whose scope is limited to the diversity of the real.

Keywords: institution; journalism; news; university.

1. El periodismo va a la universidad

¿Qué hace un periodista en la universidad? ¿Por qué enseñar periodismo en la universidad? ¿Por qué ha de enseñarse en la universidad una práctica que durante más de cien años pudo desarrollarse y transmitirse como oficio? ¿Por qué y, sobre todo, cómo ha de acomodarse o desacomodarse en la universidad una práctica cuyos criterios de producción y transmisión de la verdad son distintos a los académicos?

El punto de partida del presente texto fue la convocatoria a la presentación de trabajos que la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Jujuy, Argentina, efectuó en 2002, cuando se cumplieron los diez años de su Carrera de Comunicación Social: el requerimiento incluía “el periodismo cultural y social”, ya que “los trabajos, sin perder el rigor, deberían resguardar la posibilidad de ser leídos por académicos de otras disciplinas, que no pertenezcan a las humanidades ni a las ciencias sociales” y aun por “otros sectores de la dirigencia social y política”. El convocante solicitaba el texto periodístico en la perspectiva de una comunicación entre saberes y culturas institucionales relativamente diversas; su pertinencia era la de un discurso que trascendiera la especialización pero “sin perder el rigor”.

Así, el encuentro entre el discurso académico y el periodístico parece amigable: el periodismo viene en auxilio del texto académico para hacerlo

asequible a otros grupos académicos o no. Esto puede situarnos en la perspectiva del denominado periodismo científico, que precisamente procura transmitir información especializada --procedente, muy a menudo, del ámbito académico-- mediante transcripciones accesibles a públicos más amplios.

En este nivel, el periodismo sería una retórica: no se plantearían criterios específicos de producción de la verdad, sino organizaciones textuales que facilitarían la trasmisión de verdades producidas desde otros discursos.

Sin embargo, no hay periodismo sin *producción* periodística. Todos estos años hemos venido tratando de mostrar a nuestros alumnos cómo la actividad periodística se organiza alrededor de la producción de la noticia, y cómo aun los problemas técnicos que se presenten en fases lógicamente ulteriores --la redacción, la edición-- sólo pueden resolverse con acierto sobre la base de reexaminar la producción. Manteniéndonos en el caso del periodismo científico, aquella transcripción forma parte de un proceso que se manifiesta desde la selección de la noticia: en el océano de las comunicaciones científicas, el periodismo elige un número limitado, según criterios de pertinencia que le son propios y que difieren, deben diferir de los de la comunidad científica. Si no difirieran, si se llegara a una superposición entre los respectivos criterios de pertinencia, entonces algo andaría mal en la comunidad científica, ya que, mientras el periodismo debe expresar intereses y curiosidades de la comunidad en general, suponemos que la comunidad científica se relaciona con el saber en términos propios --que son precisamente los del discurso universitario.

Así, las prioridades del periodismo en la selección de las informaciones definen desde ya cierta tensión con las de la comunidad científica. Pero la principal tensión, estructural e inevitable, está dada por el concepto mismo de noticia. La noticia en tanto hecho inesperado, llamativo y sobre todo unitario, puntual, no es homogénea con el desarrollo de la ciencia contemporánea como actividad continua en el tiempo y distribuida en el espacio: a menudo el periodismo debe aislar artificialmente un punto en ese desarrollo para poder presentarlo como noticia. Porque lo que no pueda configurarse como noticia no tiene cabida en el discurso periodístico.

Claro que esta tensión no sólo se plantea con la ciencia. Es clásico el ejemplo de la población pacífica y laboriosa donde, después de muchas décadas de calma, se ha producido un crimen: la localidad se llena de periodistas y sus habitantes se indignan: ¿ésta es la imagen de nuestro pueblo?, ¿más importante es este crimen que los cien años de buena

convivencia? No, no es más importante: pero este crimen puede incluirse en el registro de la noticia, y aquella calma no.

Ahora bien, el periodista, con la conciencia tranquila, puede despreocuparse de la objeción de los pobladores, pero nosotros, desde la Universidad, no debíamos hacerlo. Porque tienen razón. Efectivamente la producción de la noticia actúa como una lupa que se concentra en un aspecto de la realidad y lo magnifica. "El periodismo es la primera versión de la historia", dice un lugar común que parece pensado para halagar a los periodistas. Esperaríamos de un historiador que sus fuentes fuesen mucho más allá de la información periodística y le permitieran rectificar ese "efecto lupa" que conlleva la noticia. Sin duda es función de la universidad, al formar al historiador, enseñarle a desconfiar de aquella fórmula halagadora.

Sin embargo, en mi experiencia con los alumnos, esta limitación epistemológica del periodismo es lo más difícil –quizá mejor: imposible-- de transmitir. Es bastante fácil admitir que la práctica concreta del periodismo pueda deformar la realidad, en la medida en que este efecto pueda atribuirse a razones de mala praxis profesional, a determinaciones institucionales, políticas o ideológicas: a razones en todo caso subsanables bajo otro marco profesional, institucional o político. Más difícil –o quizás imposible- es admitir que el periodismo, por la estructura misma de su praxis centrada en la noticia, ofrece perspectivas parciales y sesgadas de la realidad. Es difícil o quizás imposible porque el alumno, como todo sujeto en la sociedad contemporánea, es a su vez receptor del mensaje periodístico. Como tal, es afectado por el contrato, el vínculo fiduciario que le otorga a la institución periodística la facultad de garantizar el valor de verdad de las novedades. También el investigador, crítico a la hora de anotar los límites epistemológicos del concepto de noticia, y al abrir el diario o de sentarse ante el noticiero no podrá prescindir de una ilusión de transparencia.

En lo que venimos desarrollando, la posible relación entre universidad y periodismo se perfila en una perspectiva crítica: es función de la universidad someter críticamente a las bases epistemológicas del periodismo, tarea que éste jamás podría hacer por sí mismo. Y esta función no es sólo teórica: el periodista universitario debiera estar en condiciones de llevar hasta el límite la crítica al concepto de noticia porque esto le permitirá refundar su práctica: aunque el periodismo no sea la primera versión de la historia, el periodista debe poder situarse en los criterios de verdad del historiador para no perderlos de vista cuando aplique su lupa impertinente.

Así, el aporte de la universidad a la formación del periodista puede particularizarse. El periodista debe introducirse en la problemática de la metodología de investigación en ciencias sociales. Esta necesidad se advierte en el habitual recurso a la información estadística: en principio el periodista —no mediando la intervención de la universidad— no está formado para discernir si una estadística tiene o no validez metodológica, y esta función de discernimiento no debiera ser delegada en la fuente de la información.

La cuestión metodológica de la investigación en ciencias sociales afecta a la práctica periodística en general, no ya a una rama particular como podría ser el caso del periodismo científico. Es que todo el periodismo investiga sobre la sociedad.

También otras cosas debiera aprender el periodista en la universidad: por ejemplo, literatura. Quien se limite a aprender “redacción periodística” nunca pasará de ser un redactor mediano, porque la escritura periodística es tributaria de las técnicas literarias. El redactor, que trabaja bajo la presión del cierre, debiera tener incorporadas las técnicas literarias que el escritor desarrolló en los tiempos largos de la página en blanco. Y, si toda noticia es un relato, ¿cómo escribir noticias sin haber leído los mejores relatos? ¿Cómo saber rematar una nota periodística si no se tiene idea de lo que es el remate de un cuento? ¿Cómo escribir buenas notas policiales sin haber leído a Dashiell Hammett? Se puede aprender mucho más sobre periodismo --no sólo de la técnica sino de la ética-- en *El americano impasible*, de Graham Greene, que en el *Clarín* de hoy. Pero no sólo Greene: ¿por qué no James Joyce? Para redactar una entrevista en primera persona (donde se elide la voz del entrevistador), ¿habrá sido inútil estudiar el monólogo de Molly Bloom?

Lo mismo vale para la técnica cinematográfica en periodismo audiovisual, y todos estos casos alimentan una fórmula general: *el periodismo no puede formarse a sí mismo en las artes de su oficio*.

Pero hay algo más, y lo más importante: leer por leer; mirar por mirar, saber por saber. Disfrutar de las artes, adquirir conocimientos más allá de su utilidad práctica. Esto es lo que el periodista en formación podrá adquirir en la universidad, antes que en cualquier otra institución. Es lo que mejor podrá contrarrestar una deformación profesional característica del periodista, que es —por su ligazón con lo inmediato— la caída en la inmediatez. Y es lo que alentará, desarrollará y ampliará la cualidad básica del periodista, que es la curiosidad.

2. La universidad va al periodismo

Hemos visto algo de lo que la universidad puede aportar al periodismo. Resta la pregunta más difícil: ¿Puede a su vez el periodismo aportar algo al discurso universitario? ¿puede ofrecerle algo más que una retórica?

Acabamos de ver que, tratándose de lo que la universidad puede brindar al periodismo, cada punto de aporte coincide con un punto donde el discurso periodístico encuentra su límite, su debilidad o su inconsistencia; la universidad sólo puede hacerse presente en su potencia a partir de una consideración crítica del periodismo. Entonces, lo que el periodismo hubiera de aportar a la universidad podrá empezar a discernirse desde una perspectiva crítica del discurso universitario.

Jacques Lacan calificó el discurso universitario como “insensato en su pretensión de tener como producción un ser que piensa, un sujeto”. Así lo formuló en el seminario que dictaba en la universidad –bajo cuyo amparo desarrolló su enseñanza tras haber sido expulsado de la institución psicoanalítica- en 1969, en el contexto de los debates suscitados a partir del Mayo francés. Lacan distinguió el discurso universitario como una de las cuatro y sólo cuatro modalidades de discurso que enumeró para el hombre occidental, junto con el discurso del amo, el discurso histérico y el discurso del psicoanalista.

En la primera parte de este trabajo, hemos arribado a un caso del límite que encuentra el discurso universitario al pretender producir sujetos pensantes: observamos que transmitir la limitación epistemológica de la noticia es en algún sentido imposible porque esa trasmisión choca con la posición subjetiva del alumno en tanto receptor del mensaje periodístico. Sin embargo, el deseo de la universidad no debería jamás reducirse a impartir conocimientos, admitiendo mansamente los límites que las posiciones subjetivas (en algún sentido: las ideologías) le marquen. La universidad, insensata, ha de querer producir otros sujetos.

Tres años después, Lacan observó que el discurso de la ciencia es tributario del de la universidad y estimó que "con la noción de un saber que se trasmite, que se trasmite íntegramente, se produjo en el saber el tamizado gracias al cual se constituyó un discurso que se llama científico".

Con la problemática de un saber que pudiera transmitirse “íntegramente” volvemos al punto de partida de este trabajo, a aquella convocatoria a textos

que circulen “sin perder el rigor”. Para no perder el rigor, hay que recordar que la cuestión de la trasmisión del saber y —por lo tanto— de su producción, no se plantea del mismo modo en las ciencias “duras”, matematizables, y en las ciencias sociales. Las matemáticas permiten la trasmisión de un saber no conjetural, pasible de constatación, verificación o refutación por no importa qué sujeto. En ciencias sociales, en cambio, la perspectiva de una trasmisión “íntegra” del saber entra inmediatamente en crisis, lo cual de ningún modo autoriza a los investigadores a “perder el rigor”.

En el otro extremo, el investigador social corre el riesgo de aferrarse al rigor de la tautología. Observábamos antes la importancia de que el periodista haya sido introducido en la metodología de investigación en ciencias sociales: es el turno de recordar que la metodología más inobjetable no está a salvo de caer en la tautología. El texto tautológico es cautivo de un doble encierro. Por una parte está preso en su propio sistema simbólico, en la impotencia de aprehender todo aquello que, viniendo del orden de lo real, es necesariamente externo a su código. El segundo encierro es institucional: el texto tautológico está sólo dirigido a la institución que lo alberga y cuyas reglas habrán de convalidarlo.

Sucedee que el discurso periodístico jamás es tautológico. Bien o mal, el texto periodístico da cuenta de lo real: está obligado a hacerlo, cada día antes de la hora de cierre. Esta característica esencial debe diferenciarse de toda discusión sobre verdad o falsedad de la información, de toda consideración sobre la “objetividad” de la noticia. Verdadera o falsa, “objetiva” o no, la noticia es el intento de captar, mediante el discurso, algo del registro de lo real —tal como pudo definirlo el mismo Lacan en sus clases de 1954--. Por eso los criterios periodísticos para la selección de noticia se acercan a la definición misma de lo real: eso que primero no tiene nombre, que sorprende, que rompe discursos previos; “las mejores noticias son las malas noticias” porque lo real suele presentarse bajo la figura de la catástrofe.

Hay que insistir en que esto no equivale a que el periodismo dé cuenta de la realidad: hemos visto, en la primera parte, sus limitaciones y deformaciones estructurales cuando se trata de dar cuenta de la realidad. Ahora podemos precisar: justamente porque procura dar cuenta de lo real, no puede dar cabal cuenta de la realidad, que es un entramado simbólico. En el ejemplo de aquella localidad del crimen, sus habitantes se quejaban de que el periodismo, sólo dedicado a esa irrupción de lo real, dejara de lado la realidad, cuya condición “pacífica y laboriosa” siempre es de otro orden que lo real.

Y el periodismo, en su esfuerzo por dar cuenta de lo real, produce a su vez discursos. Quienes teorizaron los efectos del mensaje periodístico advirtieron que contribuye a definir la *agenda pública*, el temario de discusiones del espacio público. En la jerga cotidiana de los periodistas esto se llama “rebote”, y la cantidad de estas respuestas suscitadas en la sociedad es medida del valor de la nota. La agenda pública se vincula a su vez con la agenda interpersonal, temario de discusiones en espacios privados, y aun con la agenda intrapersonal, lo que cada uno discute consigo mismo.

Todos estos discursos dan lugar a actos, a respuestas sociales siempre imprevisibles, de las que dará cuenta a su vez el periodismo. El periodismo parte de lo real y provoca lo real, que a su vez volverá a generar su discurso. Hay que dudar de todo cuando se trata del discurso periodístico, pero no de su eficacia.

El periodismo tampoco es tautológico en el sentido institucional. Siempre trabaja de la institución para afuera. Ningún discurso como el periodístico es consciente de sus limitaciones institucionales. Todo texto, por más que vaya firmado, lleva en sí la marca de la institución periodística con relación a la cual fue producido. Cuando, como es habitual en notas escritas, en la transcripción de una pregunta figura como sujeto el nombre del medio (“...preguntó *La Nación*”): esto no es un tic periodístico sino reflejo de la condición institucional de la práctica y de su producto.

Pero el texto periodístico jamás se valida en la institución que lo produjo. Va hacia afuera, de inmediato. Por eso las notas periodísticas nunca se terminan de hacer: las notas *cierran*. Hay un límite predeterminado, el cierre, llegado el cual la información, procedente de lo real, habrá sido transformada en un texto con valor de verdad que entonces *se emite* desde la institución que lo produjo, con la expectativa de generar efectos en los discursos y en lo real.

Podemos entender que, cuando la Universidad discierne o vislumbra que la competencia en el discurso periodístico es pertinente a sus científicos sociales, lo hace, no sólo en la perspectiva de facilitar una determinada organización de los textos, sino en el deseo de que cada comunicación responda a lo más real de la experiencia académica; y en la esperanza que sus resultados trasciendan su circunstancia para generar nuevos discursos y nuevos actos, tanto en la institución académica como en la sociedad de la que forma parte.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Calvo Hernando, M. (1992). *Periodismo científico*. Madrid: Paraninfo.
- Casasús, J.M., y Núñez Ladevéze, L. (1991). *Estilo y géneros periodísticos*. Barcelona: Ariel.
- Cecchi, H. (1998). *El ojo crónico*. Buenos Aires: Colihue.
- Gomis, L. (1991). *Teoría del periodismo. Cómo se forma el presente*. Buenos Aires: Paidós.
- Greene, G. (1960). *El americano imposible*. Buenos Aires: Emecé.
- Herran, M. T., y Restrepo, J. D. (1991). *Ética para periodistas*. Colombia: Tercer Mundo Editores.
- Joyce, J. (1948). *Ulises*. Buenos Aires: Rueda.
- Lacan, J. (1983). *Seminario 1. Los escritos técnicos de Freud*, cap. XVIII, “El orden simbólico”. Buenos Aires: Paidós.
- (1992). *Seminario 17. El reverso del psicoanálisis*, cap. XII, “La impotencia de la verdad”. Buenos Aires: Paidós.
- (1992). *Seminario 20. Aun*, cap. XI, “La rata en el laberinto”. Buenos Aires: Paidós.
- Leñero, V. y Marín, C. (1986). *Manual De Periodismo*. México: Grijalbo.
- Mondolfo, R. (1966). *Universidad: Pasado y Presente*. Buenos Aires: Eudeba.
- Rodrigo Alsina, M. (1989). *La Construcción De La Noticia*. Buenos Aires: Paidós.
- Soriano, O. (1991). *Artistas, Locos y Criminales*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Tello, N. (1998). *Periodismo Actual. Guía Para la Acción*. Buenos Aires: Colihue.
- Torresi, A. (1995). *La Crónica Periodística*. Buenos Aires: Ars.
- Van Dijk, T. (1996). *La Noticia Como Discurso. Comprensión, Estructura y Producción de la Información*. Buenos Aires: Paidós.
- Wolfe, T. (1992). *El Nuevo periodismo*. Barcelona: Anagrama.

PEDRO LIPCOVICH

Profesor visitante a cargo de la Cátedra Introducción a la Problemática Periodística de la Licenciatura en Comunicación Social (FHycS, UNJu). Periodista de Página 12. pedrolipovich@gmail.com